Km Cero

REVISTA CULTURAL SOBRE EL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Noviembre 2021 • Número 154 • centrohistorico.cdmx.gob.mx

EJEMPLAR GRATUITO

CentrArte
Panteón de San Fernando

Rastros
Molinos y proyectos lacustres

Salidas, diversiones y boato en el Centro Histórico

Sitios de esparcimiento a finales del siglo XIX e inicios del XX

GOBIERNO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

fideicomiso CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

CIUDAD **INNOVADORA** Y DE **DERECHOS**

Diversiones, esparcimiento y socialización en el Centro Histórico

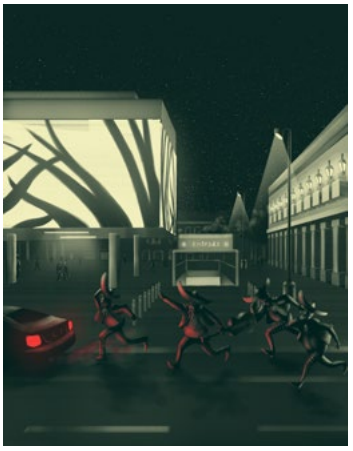
Para conocer las ciudades —como para conocer a las personas— es fundamental preguntarse de qué maneras prefieren socializar, cómo ocupan su tiempo libre, a qué dedican su ocio, etcétera. Estas actividades dicen mucho de cómo piensan o qué les interesa a sus habitantes, además de que nos permiten comprender qué procesos materiales experimentan, cuál es su idiosincrasia o qué valores enfatizan, entre otros numerosos aspectos.

En el caso de la Ciudad de México, el paso de finales del siglo XIX a inicios del XX resulta bastante revelador en este sentido, pues se enmarca en un contexto de transformaciones sociales, políticas y económicas que nos conducen a la sociedad moderna. Es por ello que en este número de *Km Cero* invitamos a los lectores a repensar algunos aspectos asociados con cantinas, cafés, cines, circos y otros espacios de esparcimiento y recreación, que forjaron toda una etapa del Centro Histórico de la capital.

Esperamos que lo disfruten.

Los editores

En portada
Teatro de la Ciudad Esperanza Iris
POR ALEJANDRA CARBAJAL



En contraportada
El Centro ilustrado
POR OCTAVIO CRUZ

GOBIERNO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

fideicomiso CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Km Cero ES UNA PUBLICACIÓN MENSUAL GRATUITA EDITADA POR EL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO. AÑO 13, NÚMERO 154. FECHA DE IMPRESIÓN: 24 DE OCTUBRE DE 2021

Claudia Sheinbaum Jefa de Gobierno de la Ciudad de México • **Loredana Montes** Directora General del FCHCM • **Anabelí Contreras** Coordinadora de Promoción y Difusión del FCHCM • **Jorge Solís** Director editorial • **Laura A. Mercado** Diseño y formación • **Alejandra Carbajal** (pp. 8-21), **Arturo García** (pp. 2-5, 23-25) y **Michelle Burgos** (pp. 26-29) Fotografía • **Patricia Elizabeth Wocker** Corrección de estilo • **Montserrat Mejía** Asistente • **Gil Camargo, Jesús Campos, Tania Carrión, Octavio Cruz, Lorena Cuevas, Alex Herrerías** y **Carina Víquez** Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74, segundo piso, Centro Histórico, Cuauhtémoc, 06010 • **Teléfonos:** 55 5709 6974
55 5709 7828 | 55 5709 8005

IMPRESIÓN: COMISA. General Victoriano Zepeda 22, Observatorio, Miguel Hidalgo, 11860 • **Teléfono:** 55 5516 8586

Número de certificado de reserva 04-2016-041412402300-102

Escríbenos a **kmcerorevista@gmail.com** **KmCero.CentroHistorico** **@kmcerorevista** **fideicomisocentrocdmx**

NOVIEMBRE 2021

02
Rastros
Proyectos lacustres en la capital

22
Quehaceres
Sastrería Román

26
CentrArte
Panteón de San Fernando

08
A fondo
Diversiones a finales del siglo XIX e inicios del XX

06 **Instantáneas**

30 **Cartelera**

32 **Niños**

De cuando los molinos hubieran dominado el horizonte de la Ciudad

POR CARINA VÍQUEZ

¿Cómo habría sido la ciudad si hubiera conservado hasta hoy sus lagos y unos cuantos molinos? En este texto, se narran algunos de los esfuerzos que se realizaron, a lo largo de los siglos, para evitar que la capital se anegara.

UNA ESCULTURA FLANQUEA CADA UNO DE LOS EXTREMOS de la calle 5 de Mayo: del lado de Catedral está el monumento hipsográfico (conocido popularmente como «el nivel»), y hacia el Eje Central se erige uno de los cuatro Pegasos que descansan sobre la explanada del Palacio de Bellas Artes. El que hoy nos ocupa es el monumento hipsográfico. Inaugurado en 1878, tuvo como primera morada la esquina de la calle de Moneda y Seminario (de ahí tomó su nombre la desaparecida cantina El Nivel, en el edificio donde ahora se encuentra el Museo UNAM Hoy). Y se alzó en honor de Enrico Martínez, ingeniero hidráulico que dedicó su vida a las aguas de la capital.

Dice la canción: «mi ciudad es chinampa en un lago escondido». En efecto, es una ciudad sobre el agua, y como el agua tiene memoria provoca de vez en vez alguna inundación. Ya desde principios del siglo XVII (1604) los problemas de inundación eran tales que los virreyes en turno buscaron el modo de erradicarlos. Entonces, entre otros proyectos, Enrico Martínez propuso desaguar la laguna de Zumpango, pues, en temporadas de lluvia fuertes, esta se desbordaba sobre la de Texcoco, provocando la inundación de la capital. Era 1607 y la obra se concluyó en menos de un año, y aunque se mantuvo en funcionamiento no perduró ni resultó del todo eficaz.

Pegaso en la explanada de Bellas Artes

Monumento hipsográfico

El monumento hipsográfico, a un costado de la Catedral, guarda memoria de las sucesivas inciativas que se emprendieron durante todo el periodo novohispano para que la capital no quedara anegada por las aguas.

Manuel Rivera Cambas cuenta que en 1614 llegó a México Adrián Boot, un ingeniero holandés[1] que debía proponer un nuevo proyecto hidráulico. Boot consideró que no era necesario desecar ningún lago, sino construir diques y molinos para evitar las temidas inundaciones. ¡Molinos!

No tuvimos molinos, pero hacia 1617 el desagüe de la laguna de Zumpango seguía en marcha y se evitaron nuevas inundaciones. Sin embargo, en 1622 el ayuntamiento dejó de darle mantenimiento a la obra de Enrico Martínez. Como

1 Si el lector siente que le interesa el tema, puede buscar, entre otros libros, *Hombre al agua* de Fabrizio Mejía Madrid.

Cabeza de león en Madero y Motolinía

Museo UNAM Hoy

resultado, inevitablemente, en los alrededores de la ciudad, las aguas crecieron de nuevo. Por lo que él propuso desaguar el río de Cuautitlán, lo que no sucedió.

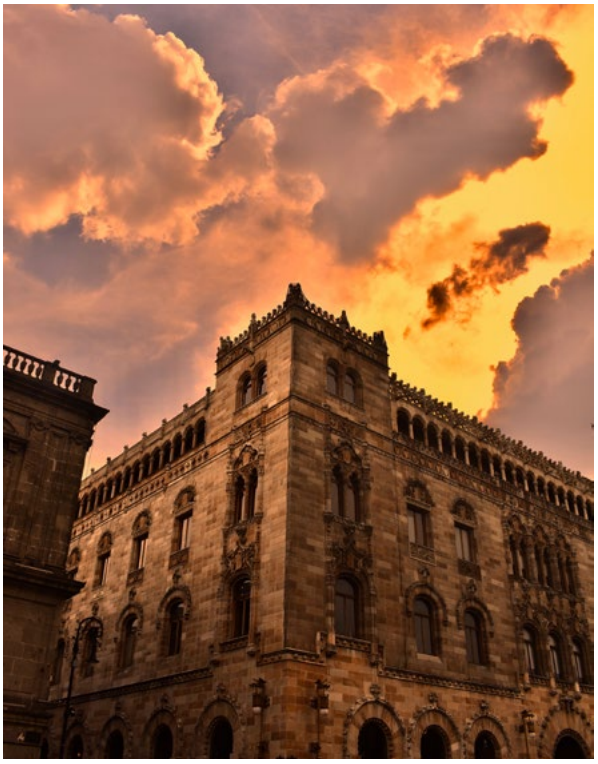
Entonces llegó el gran día. *¡Válame Dios!*, diría don Quijote (ya que hablamos de molinos). Era 1629 y llovió durante casi cuarenta horas. Se trató del llamado diluvio de san Mateo, que terminó inundando las calles de la capital. Y así permaneció, bajo el agua, casi cinco años, lapso durante el cual murió, en 1632, Enrico Martínez. ¡Caray! Había dedicado buena parte de su labor a evitar inundaciones y los últimos tres años de su vida vio la ciudad anegada. La marca de la altura que alcanzó aquella inundación puede verse en la esquina que forman Madero y Motolinía: se trata de un mascarón que asemeja la cabeza de un león.

Regresando al tema del monumento hipsográfico ya mencionado, cabe decir que se trata de la escultura de una mujer que representa a la ciudad, la cual lleva como corona unas plantas acuáticas endémicas del desaparecido lago. En sus inscripciones se alude «al nivel» de los antiguos cuerpos lacustres del Valle de México. Quizá la próxima vez que pasemos por ahí podamos alzar la mirada y saludar la memoria de aquellos que intentaron evitar las inundaciones en esta muy noble ciudad, y, de paso, recordar que el agua es una implacable amiga.

La imagen del día

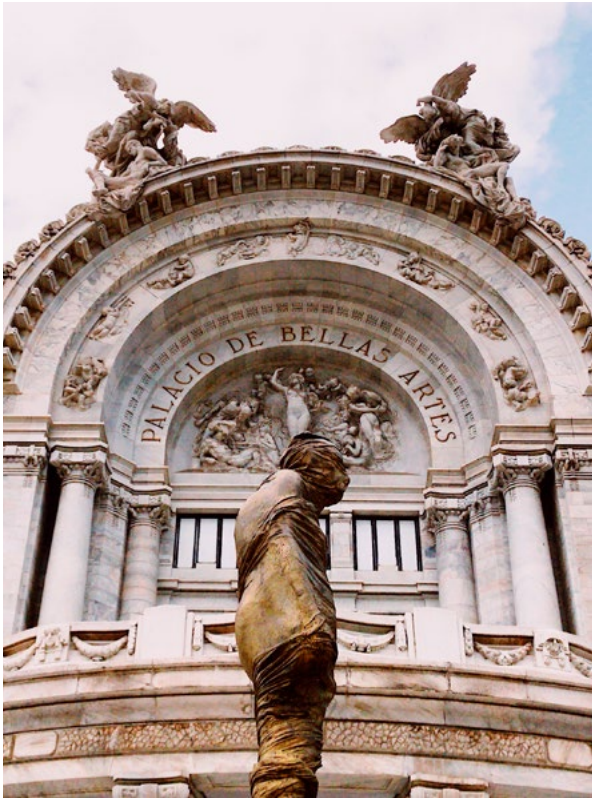
... la ciudad que todos soñamos y que cambia sin cesar mientras la soñamos.

Octavio Paz



Palacio Postal, Pamela Ángeles Villalobos

Calle Emiliano Zapata, Amado Félix



Palacio de Bellas Artes, Antonio Meda

Cruz Atrial Catedral Metropolitana, Gustavo Emilio Elías Tagle

Palacio Postal, César Antonio Serrano Camargo

Casa Rivas Mercado, Roberto Castañeda

Centro Histórico, Óscar Muñoz

¿Quieres ver tu foto publicada como la #ImagenDelDía?

Anímate a participar. Solo manda tu fotografía del Centro Histórico con un título a kmcerorevistach@gmail.com o a través de nuestras redes sociales:

@kmcerorevista
KmCero.CentroHistorico

Algunos sitios de esparcimiento en la capital del país durante el siglo XIX e inicios del XX

POR TANIA CARRIÓN

Las formas en que la sociedad se divertía y socializaba revelan en muchos sentidos los rasgos de una época, en que la ciudad se definía a sí misma en términos cada vez más modernos.

Portal de Mercaderes

A finales del siglo del XIX e inicios del XX, la sociedad mexicana se debatía entre dos momentos de singular relevancia: por un lado, el final del porfiriato; por el otro, la incertidumbre mezclada con la esperanza colectiva que provocó la Revolución. Durante toda esta etapa de redefiniciones históricas se desarrollaron con especial fuerza algunos modelos de vida urbana, que nos van situando poco a poco en la modernidad. Y no hay mejor escenario para entender esto que lo que ahora llamamos Centro Histórico.

Es en sus calles donde fueron apareciendo, con el paso del tiempo, algunos aspectos que serían impensables en otros entornos: teatros, cafés, parques, clubes, plazas de toros, las primeras salas de proyección cinematográfica, salones de baile, entre otros sitios de esparcimiento, de los que hoy hablaremos brevemente.

Fueron muchos los factores que tuvieron que darse para hacer posible este florecimiento de actividades recreativas, así como la proliferación de puntos de encuentro y socialización. En buena parte todo esto es producto indirecto de cierto crecimiento industrial que se experimentó en el país por aquellos años, el cual se basó en dos avances mayúsculos en la in-

Paseo de las Cadenas

fraestructura nacional: los ferrocarriles y, en el caso de la ciudad, el alumbrado público. Sin este último rasgo, por ejemplo, simplemente no hubiera sido posible el establecimiento de la vida nocturna, un rasgo moderno, que Ramón López Velarde deja asentado en una de las estrofas de «La suave patria», escrito hace un siglo: «Sobre tu Capital, cada hora vuela /ojerosa y pintada, en carretela...».

Las novedades sociales del porfirismo se vinieron a sumar a algunos de los paseos que existían desde tiempos novohispanos, como el que solía presentarse en el Portal de Mercaderes, con numerosos puestos de comida, o el llamado Paseo de las Cadenas, a un costado de la Catedral, del lado donde ahora comienza la calle de República de Brasil. Sitios públicos que reunían a personas de diversos rangos sociales, expresando, dentro de ciertos límites, la diversidad citadina.

Otros puntos de la ciudad congregaban más bien a la alta alcurnia: los nuevos industriales –muchos de ellos herederos de las fortunas del periodo novohispano–, miembros de la alta clase política, banqueros acaudalados, comerciantes extranjeros, entre otros. Muchas de las actividades predilectas de estos sectores estaban marcadas por cierto aire «extranjerizante» o cosmopolita. El historiador Ricardo Pérez Montfort lo resume así en «Circo, teatro y variedades. Diversiones en la Ciudad de México a fines del porfiriato»:

> Andar en bicicleta, organizar carreras de automóviles, elevarse en los primigenios aeroplanos en los llanos de Balbuena, ir al frontón, jugar golf, cricket o polo, incluso asistir al box, ya formaba parte de la ocupación del tiempo ocioso del que tanto disfrutaban los pudientes porfirianos y sus amigos extranjeros.

Francisco I. Madero

Las diversiones de aquella época reflejaban una ideología favorable a las élites, propia del régimen porfirista.

Efectivamente, las diversiones de aquella época reflejaban la idiosincrasia del régimen, que lejos de ser democrático optaba por favorecer a las élites culturales y económicas. Las diversiones públicas, en principio, no estaban destinadas a los grupos menos favorecidos de la ciudad –varios campesinos o peones que migraban a la ciudad en búsqueda de mejores condiciones económicas, así como gente de extracción indígena afincada aquí desde mucho tiempo atrás, por ejemplo–, sino a la gente adinerada o a lo que ahora reconoceríamos como clases medias. Las representaciones predominantes de «lo social» únicamente se abrieron a otros actores a partir de la Revolución.

Lo anterior no quiere decir que las clases trabajadoras carecieran de espacios de recreación, sino que estos no cumplían con los anhelos cosmopolitas de la capital moderna, de corte «afrancesado» (un anhelo cultural que se agudizó en el porfiriato, pero que ya estaba presente, al menos en germen, desde la etapa de las reformas borbónicas, en el siglo XVIII). Muchos de los

Gran Hotel Ciudad de México

gustos de los sectores más desfavorecidos se encontraban «a pie de calle», mientras que las élites contaban con espacios privados, destinados específicamente para su recreación.

Por ejemplo, en varias esquinas había puestos de café ambulantes, que a menudo eran visitados por familias populares «con toda la prole», como lo cuenta Antonio García Cubas. Estas familias difícilmente podían permitirse entrar a los establecimientos que estuvieron en boga desde la primera mitad del siglo XIX, como el Café de Medina (en Plateros y la Profesa), el Café del Cazador (cuya ubicación puede reconocerse en la actual Madero, donde aún hay una placa que guarda memoria del lugar) o el Café del Sur (en el antiguo Centro Mercantil, sobre la actual 16 de Septiembre, donde ahora está el Gran Hotel Ciudad de México). De este último dice Guillermo Prieto (en *Memorias de mis tiempos*) que era «un cafecito característico y formaba como la crema, sinopsis de la exposición perpetua de lo que había de mejor y más granado de nuestra sociedad».

Para continuar con esta diferenciación de sitios de reunión de diversas clases sociales, puede recordarse esta descripción que Artemio del Valle Arizpe deja sobre un garito popular en *Calle vieja, calle nueva*:

> Mesillas corrientes de pinotea llenas de pringue y con quemaduras abundantes ocasionadas por los cigarros olvidados en su borde, taburetes de duro asiento y también de palo blanco sin pintar, humoso quinqué colgado en el centro del cuarto con una pantalla de hojalata cuyo brillo opacaron los múltiples punteos de las moscas; velas de sebo en chorreados candeleros de barro o bien de hojalata, vasos toscos de vidrio texcocano; copas desiguales, despostilladas las más de ellas, botellones grasosos, nada diáfanos, la mugre y el uso les quitó todo brillo; piso sucio, barrido solamente una vez al día, y por lo mismo regado de colillas apestosas, de papeles despedazados, gargajeado aquí y allá, solo estiércol faltaba para que fuese completa la inmundicia; en las telarañosas paredes, viejas litografías ya decoloradas, y en todas partes las exhalaciones fétidas de la letrina.

Sobre la actual calle de Madero florecieron varios de los restaurantes de moda para las élites económicas y culturales de la capital en el siglo XIX.

Los investigadores Jorge Castillo Canché y Carlos Magaña Toledano han documentado cómo en la prensa de la época (en particular en *El Mundo Ilustrado*) se habla de las «diversiones de los pobres» como de un fenómeno de falta de higiene (a veces ilustrado con fotorreportajes de niños jugando en canales), propensión al vicio (en particular al alcoholismo, como las «bacanales» de las pulquerías), desórdenes (en las llamadas «verbenas») y otras problemáticas sociales que requerían, a decir de los reporteros de la época, de la intervención de las autoridades de la ciudad para evitar los ambientes de decadencia (bien representados por quienes dormían en la calle, así como los criminales, los huérfanos, las prostitutas, los mendigos, etcétera).

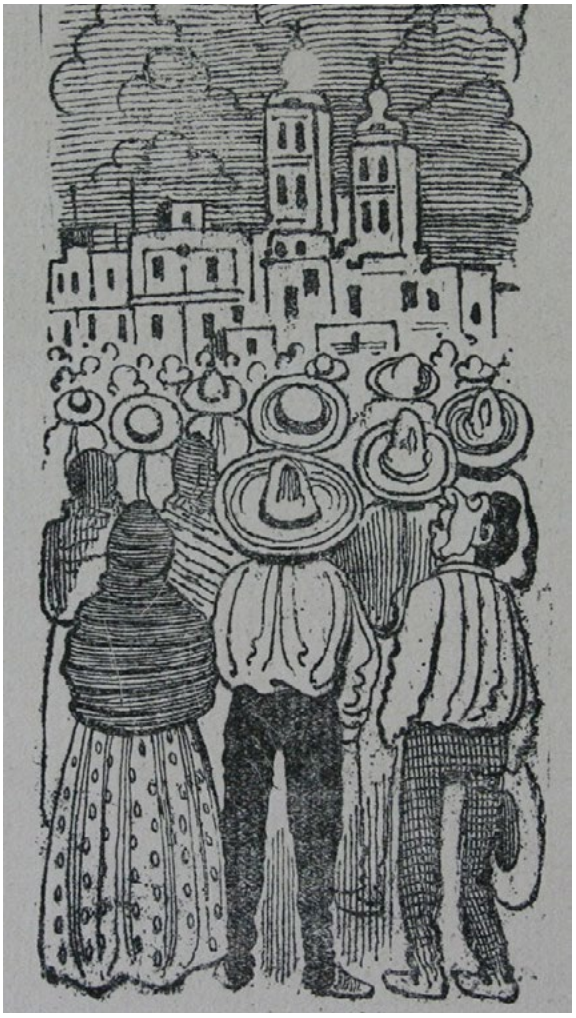
Naturalmente, sitios como el que describe Del Valle Arizpe no atraían a los grupos sociales que buscaban novedades similares a las de las grandes capitales europeas (el mismo periódico de *El Mundo Ilustrado* se vanagloriaba de que «existe en nuestra metrópoli lo que hay en las principales capitales del mundo»).

Basta contrastar lo anterior con restaurantes de moda, como la Maison Dore (ubicada sobre la actual Madero, enfrente del Palacio de Iturbide, que en ese entonces estaba acondicionada como hotel) o la Maison Rate, llamada así porque se encontraba en la calle de las Ratas (hoy es Simón Bolívar). En *Seis siglos de historia gráfica de México*, Gustavo Casasola apunta que a este último sitio acudían las familias luego de terminadas las funciones en los teatros. Llegaban en lujosos landós (los más pudientes) o incluso en calandrias (quienes tenían menos recursos); y a quienes preferían evitar la espera se les acondicionaban tablones como mesas desde los carruajes, donde les servían suculentos platillos.

Varios sitios de esparcimiento emblemáticos del siglo XIX estaban por aquella zona (como los casinos o los clubes Francés, Alemán y Español). Esto influyó en ciertos aspectos urbanos. Por ejemplo, en la calle de Plateros, uno de los paseos predilectos de las clases adineradas, hubo adoquines que creaban una superficie regular, al menos hasta llegar a la calle del Calvario (ahora avenida Juárez), donde se transformaba en empedrado.

15:36:55
LATINOAMERICANA
OUTLET MARCAS
ESTILISTAS
PANAMI

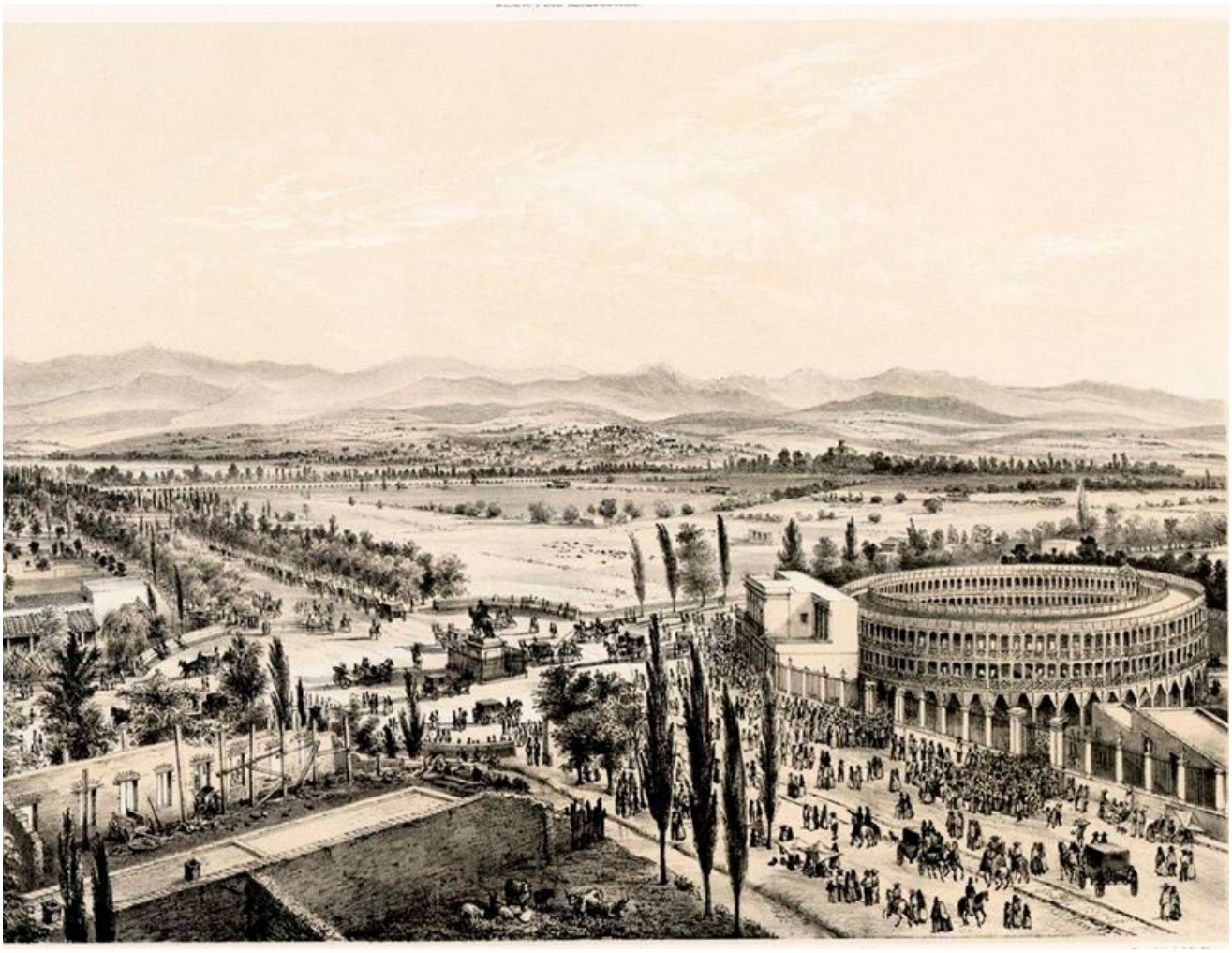
Casa de los Azulejos



José Guadalupe Posada, *Corrido: El globo de Cantoya*

Ahí también se estableció el Jockey Club, cuya sede fue el Palacio de los Condes de Orizaba (mejor conocido ahora simplemente como Casa de los Azulejos). El cronista de esta asociación, fundada en 1881 por Pedro Rincón Gallardo, fue el poeta Manuel Gutiérrez Nájera. José Yves Limantour (el ministro de Hacienda del régimen porfirista) era uno de sus miembros con mayor renombre, junto con Ignacio Torres Adalid o Pablo Escandón. Aquí se retomaban, para habitantes del entorno urbano, algunas actividades que remitían a la antigua tradición rural, pero reinterpretadas ahora desde una perspectiva de lujo y diversión «campestre». Junto con los bailes y los juegos de azar, una de las diversiones preferidas de sus miembros fueron las carreras de caballos, que llevaron a la fundación del hipódromo de la Condesa (ya fuera de la zona del Centro Histórico) hacia 1882.

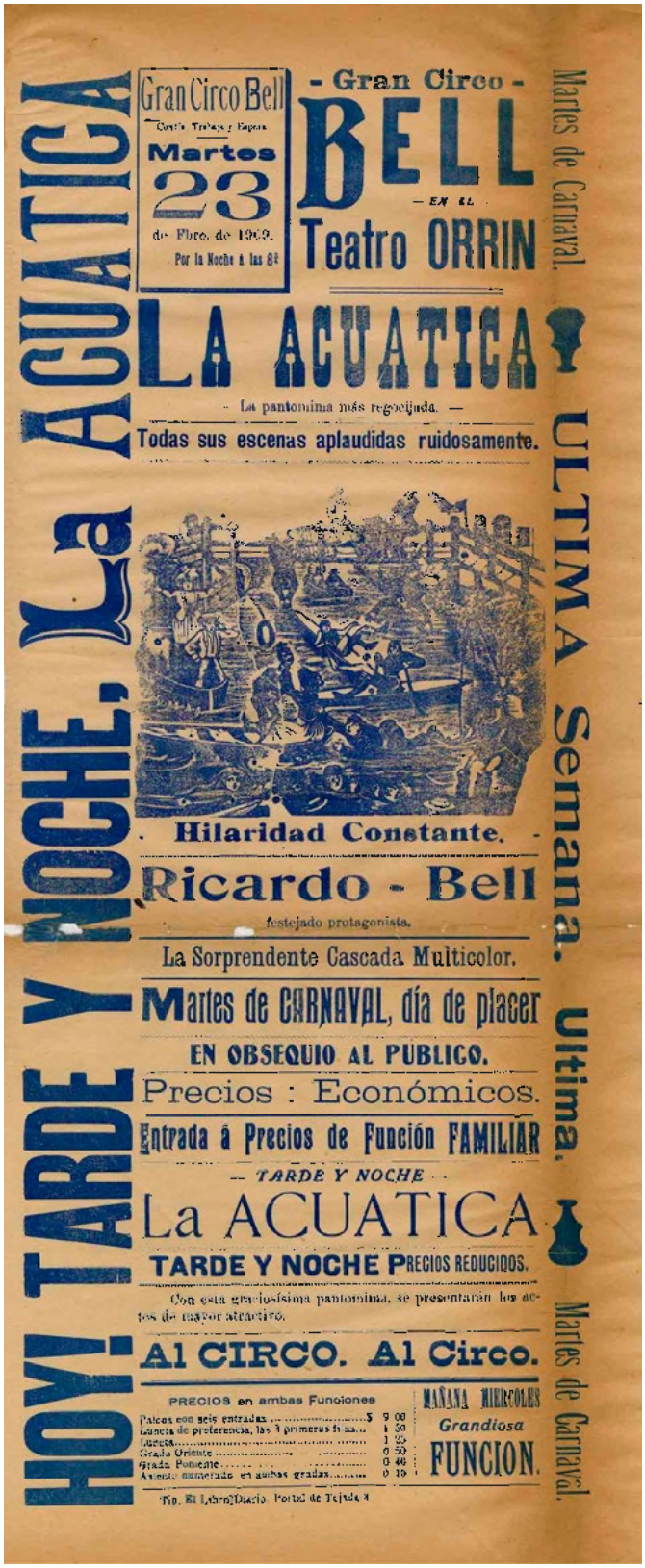
Otra diversión de los capitalinos era la tauromaquia, como lo muestra la Plaza de Toros en el Paseo de Bucareli, reconstruida por Ponciano Díaz en 1888 (sobre la que se encontraba ya en la zona desde el siglo XVIII). Un



Paseo de Bucareli, Casimiro de Castro, *ca*. 1855

rasgo digno de destacar es que aquí no solo realizaron faenas toreros varones, sino mujeres, como las afamadas Ángela Pagés y Dolores Pretel, que causaban gran expectativa en la prensa de la época. Este recinto no era único, pues había algunos más de carácter informal en otras regiones, como en Jamaica, la Lagunilla o el pueblo de Tlalpan, hacia el sur.

La plaza de Bucareli se ostentaba como heredera de la antigua Real Plaza de Toros de San Pablo, que funcionó hasta 1821, cuando por un incendio «quedó reducida a pavesas», según narra Carlos María de Bustamante. Como curiosidad, cabe mencionar que esta plaza había operado, hacia el final del periodo novohispano, con el objetivo de recaudar fondos que sirvieran para comprar uniformes a los miembros del ejército realista, quienes combatían contra los insurgentes que buscaban la independencia del país.

También hubo eventos o espectáculos que, aunque no estaban destinados en principio a las clases trabajadoras de la ciudad, terminaban por entretenerlos como público. Un ejemplo notorio de esto son los vuelos aerostáticos en los llamados globos de Cantolla (o Cantoya, pues la grafía cambia según las fuentes). Así lo muestra un grabado en madera que realizó José Guadalupe Posada, en el que de hecho no vemos al globo aerostático, sino a una multitud reunida para presenciar el vuelo. Por su vestimenta, queda claro que se trata de la población en general, no de la gente acaudalada que tenía la posibilidad económica de emprender a capricho esas actividades.

Retrato de Richard Bell, *ca.* 1909 (autor no identificado)

El público infantil no contaba con demasiadas opciones. Alicia Ziccardi y Carlos Martínez Assad hablan de las compañías de títeres –en particular las encabezadas por Rosete Aranda o Salvador Aycardo–, que se presentaban en carpas. Cuentan los investigadores que estos espectáculos eran más inclusivos, pues reunían a sectores sociales muy diversos. Venían a completar una tradición circense, que comenzó desde 1808 con el Real Circo Ecuestre, al que siguieron el Circo Olímpico, en 1841, y el del italiano Giuseppe Chiarini en tiempos del Segundo Imperio.

Para finales del siglo XIX, también operaban los circos Treviño, Jordán, el de los hermanos Atayde, el Fénix y el que con toda seguridad era el más famoso de todos: el

Plaza Santo Domingo

Alameda

Orrin, que dio funciones en la Plaza del Seminario, más tarde en Santo Domingo y luego en la Plaza Villamil, por Santa María la Redonda. Aquí actuó el famoso payaso Richard Bell, quien despertó la admiración de Porfirio Díaz.

Con el cambio de siglo se multiplicaron algunas fuentes de esparcimiento. En la medida en que algunas se realizaban en el espacio público admitían a un público variopinto y, aunque de forma tímida, iban sembrando la idea, común hoy en día, de que los eventos de la ciudad debían estar dirigidos en principio a todos sus habitantes interesados. Un caso destacado –documentado por Ricardo Pérez Montfort– es el de los conciertos al aire libre.

En 1911, el historiador de origen italiano Adolfo Dollero publica *México al día*, donde narra lo siguiente:

> En la Alameda hay concierto público los domingos y los jueves. Muy buenas bandas militares o la de la Policía ejecutan trozos selectos, casi siempre de música italiana. En las calzadas más inmediatas sombreadas por grandes telas, la concurrencia encuentra asientos de alquiler y los que gustan de hacer ejercicio van y vuelven escuchando música gratuitamente... De mil ojos negros se desprenden miradas incendiarias, y mil labios rojos nos hacen pensar en el Paraíso de Mahoma.

Teatro de la Ciudad Esperanza Iris

Estas funciones al aire libre ampliaban las posibilidades recreativas, en especial para quienes no podían pagar boletos para escuchar a las tiples y las orquestas que se presentaban en recintos privados, como el desaparecido Teatro Abreu (en República de El Salvador) o el Esperanza Iris (sobre Donceles).

Pero en estos tiempos de cambios quizá no había un esparcimiento más revolucionario que el cine, espectáculo que estaba transformando al mundo entero. El poeta José Juan Tablada consigna así este fervor, que curiosamente, tal y como sucede ahora, se dio en un tiempo donde la capital padecía brotes epidémicos: «...has sido, ¡oh año de 1906!, el año del oro en circulación, el año del tifo siniestro, el año de la fiebre del automóvil y del sarampión del cinematógrafo».

En ese entonces la Ciudad de México contaba ya con dieciséis salas para proyectar películas, y ahí también se daba cabida a público de distinto perfil socioeconómico (aunque segmentado según los precios de las localidades). Desde 1895 quien pudiera pagar veinticinco centavos podía dirigirse a las inmediaciones de La Profesa para disfrutar de una proyección en la sala Edison, de tan solo minuto y medio de duración. Poco después, en ese mismo rumbo –para ser específicos, en San Francisco y Coliseo (la esquina que hoy forman Madero y Bolívar)–, Salvador Toscano abrió una de las primeras salas de exhibición más en forma, bautizada como Lumière (y convertida en el Salón Rojo en 1906).

De todas estas actividades que componen dicho mosaico, muchas perduran hasta nuestros días (los cines, los cafés, los teatros, los conciertos). Pero es claro que ya no son diver-

República de El Salvador, a la altura del antiguo Teatro Abreu

En las diversiones de la ciudad a finales del siglo XIX e inicios del XX podemos comprender aspectos importantes de la evolución de la capital, que dejan de ser simplemente un lujo y gradualmente se perciben como un derecho.

siones destinadas exclusivamente a las élites económicas. Precisamente detenernos en este momento histórico (de finales del siglo XIX hasta inicios de la Revolución) nos ayuda para comprender algunos rasgos de la evolución de la ciudad, en la que el esparcimiento poco a poco ha dejado de ser únicamente percibido como un lujo y, en cambio, con todo y sus «asegunes», ha ido concibiéndose por las más recientes generaciones como una posibilidad y, algo más importante aún, como un derecho.

Cruce de Madero y Bolívar

El arte del buen vestir

POR LORENA CUEVAS

Entre máquinas de coser, muestrarios de telas, hilos y agujas, en este pequeño taller se asientan décadas enteras de conocimiento de un oficio con una larga tradición en el Centro Histórico.

En el tercer piso de un edificio ubicado en la avenida Francisco I. Madero 32, entre las calles de Motolinía y Bolívar, está situado el negocio de sastrería de Mario Román. El local de pocos metros cuadrados cuenta con todo lo necesario para satisfacer a los parroquianos que buscan un traje hecho a la medida y con calidad: una amplia mesa de planchado, una clásica máquina de coser, un perchero donde cuelgan los trajes que esperan ser probados, baldas con muestrarios de telas, patrones y, cómo no, tijeras, cinta métrica, hilos y alfileres, entre otros enseres.

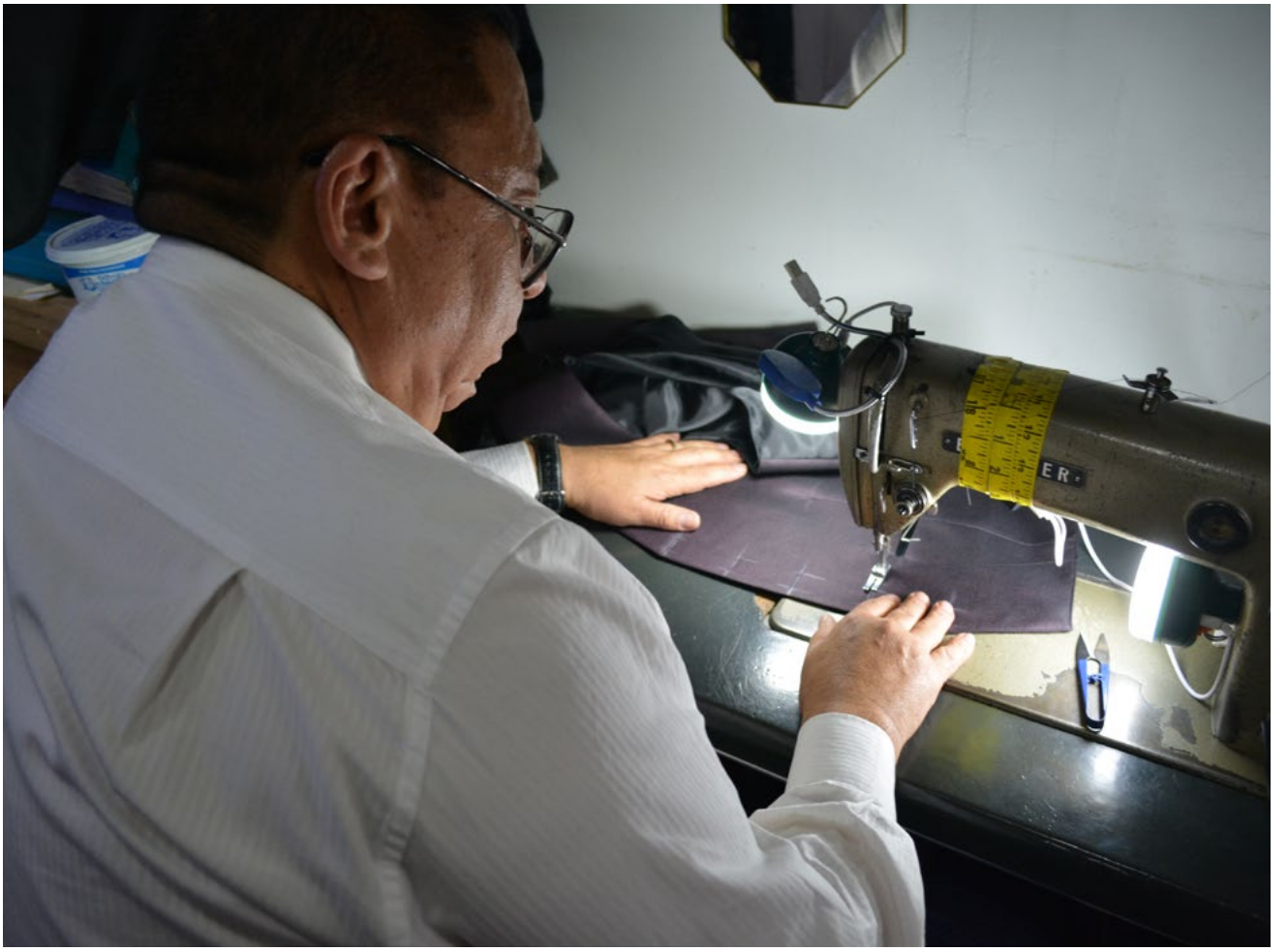
El señor Román comenzó en el arte de la sastrería cuando contaba con apenas ocho años mientras acompañaba a su padre y a sus tíos en el mundo de las hechuras y las composturas. Más tarde, a los diecinueve años, abrió en Nezahualcóyotl, de donde es originario, su propio local y, con el fin de mejorar y profesionalizarse, decidió estudiar un curso de Corte y Confección. Dos años después, en 1986, la motivación de crecer profesionalmente lo llevó a comenzar una nueva andadura en el Centro de la Ciudad de México, a donde trasladó su negocio. A pesar de que por diversas circunstancias se vio obligado a cambiar cuatro veces de ubicación –hasta llegar a la actual, donde está desde hace dieciséis años–, la buena mano y el cuidado que le pone a su trabajo no afectó a su fiel clientela.

SASTRERIA
TRAJES FINOS
301

La importancia de la sastrería es algo que Mario defiende sin titubeos: «En general, las personas asocian sastrería con pura compostura, pero realmente es una carrera como cualquier otra, como Derecho o Medicina». Confiesa que solo a la clientela habitual le hace arreglos de ropa porque lo que verdaderamente le apasiona y es su especialidad es la hechura a la medida de trajes de *cachemire* para dama y caballero. Aun cuando en la sastrería hay muestrario de telas, lo habitual es que los clientes compren el *cachemire* en tiendas especializadas del Centro y de ahí los manden con el señor Román para que les haga lo que deseen. No faltan las mujeres que llegan a pedir un vestido especial, sin embargo, la mayoría de quienes se acercan al negocio son hombres jóvenes que buscan ropa formal para su trabajo, eventos especiales y bodas; también políticos y artistas, e incluso extranjeros que han oído hablar de su buen hacer. Buen hacer que, sin perder la esencia de los trajes clásicos, ha sabido introducir innovación y moda para adaptarse a los nuevos tiempos y confeccionar trajes adaptados a las últimas tendencias.

Comprar un traje hecho a la medida puede parecer caro pero es una gran inversión, ya que pese a tener un costo más elevado que el que se puede encontrar en una tienda comercial (los ternos varían de 4 mil hasta 250 mil pesos, dependiendo de la calidad del tejido), se trata de «ropa de buena calidad con la que te vas a ver bien y que te va a durar nueve o diez años».

Sobre el oficio de la sastrería, el señor Román siente que la tendencia es a la baja, no por la afluencia de clientes que nunca faltan, sino porque las personas jóvenes no están interesadas en este trabajo. Recuerda que cuando él llegó al Centro había muchos sastres «pero los viejitos se han



ido muriendo, y, como no hay continuidad por parte de los jóvenes, han acabado por cerrar las sastrerías». Algo que desea no suceda con su negocio ya que, si bien sus hijos se dedican a otro tipo de actividades, espera que alguna de las personas que trabajan con él continúen esta labor, la cual lleva cuidando a lo largo de cuatro décadas.

«Lo bonito de la sastrería es que le hacemos la ropa a la medida –nos cuenta Mario con una sonrisa–, le dibujamos el cuerpo en la tela, por eso se va a sentir más cómodo». Así que si necesita un traje a la medida confeccionado con la mejor hechura, no dude en acercarse a esta sastrería que desde hace cuarenta años viste con calidad y elegancia a la Ciudad de México.

Sastrería Mario Román (Francisco I. Madero 32). Martes a sábado, de 11 a 18:30 horas.

Los talleres de corte artesanal en el Centro Histórico preservan conocimientos técnicos que pasan de generación en generación y que actualmente se encuentran en entredicho a causa de la producción industrial.

EL Sr. Lic. DON
JOSE FRANCISCO
MARISCAL.
ABRIL 5 DE 1865.

PANTEÓN DE SAN FERNANDO

POR CHUY CAMPOS

Este recinto cultural tiene un perfil especial, pues cuenta con el rango de museo, a la vez que el de camposanto. En él se asienta buena parte de la historia del país.

No sé si estén de acuerdo, pero muy probablemente la estación Hidalgo del sistema de transporte colectivo metropolitano de la Ciudad de México (el metro, pa' los cuates) sea la que más oferta cultural nos brinde al salir de sus instalaciones. Si decides encaminar tus pasos rumbo al sur oriente, en la esquina de Reforma y Balderas, estarás frente al Centro Cultural José Martí y su tradicional mercado de juguetes e historietas. Si optas por la salida ubicada al sur, te encontrarás en el icónico barrio de Cuepopan, lugar ancestral que vio nacer ni mas ni menos que a Tin Tan; ahí, en el antiguo Hotel Cortés, donde ahora se encuentra el Museo Kaluz. La última salida, queridos lectores, será la que vamos a tomar durante este paseo. Se ubica en la zona norte, entre avenida Hidalgo y Héroes, justo a un costado de la iglesia de San Hipólito, espacio de culto donde cada 28 de mes la chilanga banda va a agradecer y pedir favores a san Judas Tadeo, el santo de las causas perdidas o, como le dicen los feligreses, «el que las puede todas».

Pasemos de largo por la iglesia de San Hipólito y caminemos a la Plaza de San Fernando. Ahí, aún de pie, pese a la embestida de las Leyes de Reforma al clero durante el siglo XIX, encontramos el templo que le diera su nombre al sitio y que fuera erigido en 1735 por la orden franciscana, como parte del Colegio Apostólico de Propaganda Fide que formaba a los misioneros que iban al norte de México. Actualmente, nadie recuerda el propósito inicial del lugar, pero todos saben que en ese espacio se encuentra uno de los panteones más bonitos y ordenados que ha visto nuestra capital.

La entrada a la necrópolis se encuentra a un costado del templo, pero en sus inicios no era de esa manera. Originalmente, el cementerio fue pensado para uso exclusivo de la orden y sus integrantes; quizá de forma extraordinaria, se abría el espacio para algún benefactor o acaudalado de la época que se podía dar el lujo de un entierro en el atrio de la iglesia. Fueron los tiempos higienistas del siglo XVIII los que dejaron a un lado a las parroquias como los espacios fúnebres y mudaron a las afueras de la ciudad los cementerios para evitar fuentes de enfermedades para la población de aquellos años.

Fue hasta 1832 cuando se comenzó la construcción del camposanto como lo conocemos ahora. La intención desde sus inicios fue la de un espacio exclusivo y se logró a partir de una estrategia muy simple: los precios de exhumación. Hacerse de una tumba era sumamente costoso (cincuenta pesos en comparación con los democráticos seis que costaba un sitio para entierros en Santa Paula). Solo la gente adinerada de la ciudad aspiraba a que la última morada fuera San Fernando. En 1833 todos los cementerios se volvieron públicos, debido a la terrible epidemia que hubo en ese tiempo. La Iglesia católica, que tenía el control de los espacios funerarios, tuvo que abrirlos a toda la gente.

La necrópolis fue sumando inquilinos de rancio abolengo. Se contaba con el presupuesto suficiente para administrarlo adecuadamente y ser un espacio limpio, ordenado y artístico, por ello gozó de gran prestigio durante todo el tiempo que estuvo abierto. Incluso fue el primer Panteón de los Hombres Ilustres de la Ciudad de México, en los años donde pasó a manos del gobierno (1860) gracias a las Leyes de Reforma de 1859.

Como todo lugar histórico que se respete, San Fernando goza de chismes históricos de los buenos. El más sonado de

ellos recae en la figura de Miguel Miramón, pieza clave de la política conservadora de su tiempo; verdadero niño héroe y estandarte del Imperio de Maximiliano de Habsburgo. Su destino fue el paredón. En 1867 fue fusilado y sus restos enterrados en San Fernando. Lamentablemente, solo cinco años descansó en el camposanto. En 1872, debido a una angina de pecho, Benito Juárez murió y fue sepultado en el mismo cementerio. Al enterarse Concepción Lombardo, viuda de Miramón, de que el general descansaba junto a su acérrimo rival, decidió retirarlo inmediatamente de la necrópolis y llevarlo a la Catedral de Puebla. Únicamente quedó un catafalco vacío y el relato de una rivalidad histórica que, aunque sea difícil de creer, siguió hasta después de la muerte.

El presidente Juárez sigue ahí. Su tumba tiene la escultura de la patria doliente, quien lo recibe en su última morada. También están sus cuatro hijos; dos de ellos fallecidos a edades muy tempranas, y Margarita, su joven esposa que muriera un año antes que él. Una vida llena de sacrificios y tragedias que no mermaron nunca su espíritu de gran estadista.

Desde 1935 el panteón de San Fernando fue considerado patrimonio histórico y en el año 2006 le sucedió algo extraordinario: se hizo museo. Ahora, ese lugar ofrece visitas guiadas, ciclos de conferencias, talleres infantiles y hasta obras de teatro. Fotógrafos y amantes del turismo de cementerios lo visitan constantemente y lo registran en imágenes. La que fuese la primera rotonda de los hombres ilustres está llena de vida, cultura y encuentros sobrenaturales que algún día les contaré.

Museo Panteón de San Fernando (Plaza de San Fernando 17).

Foto: cortesía Museo Franz Mayer

Relatos artísticos de la Conquista

En el marco de los 500 años de la caída de México-Tenochtitlan, el Museo Franz Mayer presenta *Relatos artísticos de la Conquista*, muestra conformada por 82 obras que contemplan pinturas, textiles, muebles, cerámica, libros, esculturas y herrería. A través de estas piezas podemos conocer cómo fue interpretado este hecho histórico en los siglos XV y XVIII.

Dividida en seis núcleos temáticos (Una historia épica, Devociones conquistadoras, Discursos sobre la otredad, Los indígenas conquistadores y nobles, De escudo heráldico a ornamento e Hibridaciones culturales), la exposición *Relatos artísticos de la Conquista* desmenuza las creencias políticas, teológicas y las formas en las que capturó el arte tras la llegada de los españoles a América.

Cabe resaltar que 67 obras provienen de la colección del museo y el resto pertenecen a 15 colecciones institucionales y particulares, como el Museo Nacional de Historia, el Museo Nacional del Virreinato, el Museo de la Basílica de Guadalupe y la Fundación Cultural Daniel Liebsohn, donde destacan los tableros con incrustaciones de concha nácar con los relatos de las batallas más importantes de la Conquista.

Museo Franz Mayer (Hidalgo 45). Martes a viernes, de 10 a 17 horas; sábados y domingos, de 10 a 19 horas. $60. Martes entrada libre. Hasta el 9 de enero de 2022.

Foto: cortesía Centro Cultural de España en México

Universo Miró

Joan Miró es uno de los artistas españoles más reconocidos del mundo. Sus esculturas, pinturas, grabados y cerámicas transitan entre el surrealismo y el arte abstracto, siempre utilizando colores brillantes y formas infantiles. Obras como *El oro del azul, Perro frente al sol* o *La sonrisa de alas flameantes* lo consagraron como uno de los mejores pintores del siglo XX.

Después de visitar países como Italia, Alemania, Reino Unido y Francia, llega a la Ciudad de México la exposición *Universo Miró*, gracias al Centro Cultural de España en México, una muestra de pequeño formato en la que se analiza detalladamente el proceso artístico del pintor, cuya amistad con grandes como Max Jacob, Antonin Artaud y Michel Lerris le sirvió de inspiración, así como su relación con la poesía, que fue de donde más tomó elementos para crear sus piezas.

Creada en 2019 por la Fundación Joan Miró con un espíritu itinerante, se pretende que todos podamos acercarnos al trabajo del artista español a través de fotografías de su casa y estudio, además de piezas como *Femme* y esculturas como *Monsieur, Madame*.

Centro Cultural de España en México (República de Guatemala 18). Martes a viernes, de 11 a 22 horas; sábados, de 10 a 21 horas, y domingos, de 10 a 16 horas. Entrada libre. Hasta el 12 de diciembre.

Foto: cortesía Museo Nacional de Arte

Esto no me pertenece

Dexter Dalwood es un artista británico nacido en Bristol. Egresó de la Saint Martin's School of Art en 1985, para después trabajar en la Royal College of Art de 1988 a 1990, y ha sido apadrinado por la mismísima National Gallery de Inglaterra. Su trabajo es conocido por interpretar la historia a través de pinturas, una manera de yuxtaponer los hechos históricos y compararlos con el mundo en el que vivimos.

A propósito de los 500 años de la llegada de los españoles a la Ciudad de México, la Secretaría de Cultura, el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, en colaboración con el Museo Nacional de Arte, presentan *Esto no me pertenece*, muestra en la que Dexter sincronizó importantes efemérides (1521-1821-2021) para resignificar los procesos históricos del país.

A través de *collages* y pinturas, inspirados en música, libros, noticias e incluso otras obras de arte, reinterpreta la historia de México. Estas piezas fueron resultado de su residencia en Casa Wabi en Oaxaca, a finales de 2017.

.....

Museo Nacional de Arte (Tacuba 8). Martes a domingo, 10 a 17:30 horas. $60. Domingos entrada libre. Hasta enero de 2022.

Foto: cortesía Antiguo Colegio de San Ildefonso

Territorios

Cuando hablamos de fotógrafos mexicanos, uno de los tantos artistas que se nos viene a la mente es Santiago Arau, que tiene 20 años capturando estampas irrepetibles, en especial desde perspectivas aéreas con el uso de drones. Su trabajo ha llegado hasta la Biennale di Venezia, El Museo de Arte Moderno de Filipinas y, desde luego, el Colegio de San Ildefonso y el Palacio de Bellas Artes de nuestro país.

Después de viajar por todo México, el fotógrafo presentó su libro *Territorios* junto con una exposición de obras de gran formato en el Antiguo Colegio de San Ildefonso. Esta muestra presenta la perspectiva social, natural y estructural de nuestro país.

Territorios nos lleva por un viaje que transita entre la geometría y la pintura, ya que la perspectiva lo cambia todo. En esta muestra hay imágenes tomadas en Chihuahua, Nuevo León, Oaxaca, Ciudad de México, Colima, Quintana Roo y Guerrero.

.....

Antiguo Colegio de San Ildefonso (Justo Sierra 16). Martes, de 10 a 19 horas. Miércoles a domingo, de 10 a 17:30 horas. $45. Hasta diciembre.

Foto: cortesía Secretaría de Cultura de Jalisco

La Guelaguetza Mizoc-La Resiliencia

Desde 1967, el Instituto de Danza Mizoc, ha ofrecido un espacio para que los niños, jóvenes y maestros se acerquen a los bailes y las danzas tradicionales, para preservar y seguir compartiendo la riqueza folclórica de México. En el marco de la celebración por su 54 aniversario, el instituto presenta una de las celebraciones mexicanas más importantes de México, La Guelaguetza, de la mano del grupo de baile La Resiliencia, el próximo viernes 12 de noviembre en el emblemático Teatro de la Ciudad Esperanza Iris.

Este espectáculo está basado en las fiestas de Oaxaca, que forman parte de las celebraciones de la virgen del Carmen, en la que se unen las ocho regiones del estado para mostrar sus tradiciones y costumbres.

Promete ser una noche llena flores, coloridos atuendos, música tradicional mexicana y emblemáticos bailes como la Danza de la pluma, La Malagueña, La Sandunga, El Jarabe Chenteño, Las Chilenas, los Sones Serranos y la famosa Danza Flor de Piña.

.....

Teatro de la Ciudad Esperanza Iris (Donceles 36). Viernes 12 de noviembre, 20:30 horas. $176-$392.

POR ALEX HERRERÍAS

DÍA DE MUERTOS:

OLORES, SABORES Y COLORES PARA RECORDAR

El 1.º y el 2 de noviembre llegan de visita los que ya se fueron a la otra vida. Y para celebrar tan especial reunión, en muchos lugares de México se prepara un gran festín.

Nosotros estábamos haciendo la lista de los elementos necesarios para guiar y recibir a las almas , pero se nos perdieron algunas letras. ¿Nos ayudas a encontrarlas?

Ofr _ nd _
F_ _ _ _s _ _ c_ _p_s_ch_ l
P _ _ _l pic _ d _
C _ l _ veri _ _ s de _ z_ _ _ _
P _ n de m _ _ _ _ _
M_ l _
V_la_ y v_ l _dor _ _
In _ien _ _

Solución: Ofrenda / Flores de cempasúchil / Papel picado / Calaveritas de azúcar / Pan de muerto / Mole / Velas y veladoras / Incienso

Entrada